

DE HERÓDOTO A LOPE:
NOTA A *EL MEJOR ALCALDE, EL REY*

RAFAEL RAMOS
Universidad de Gerona

Nadie como el Fénix supo llenar sus obras de alusiones, guiños y anécdotas tradicionales, ni supo intercalarlos en la trama, como él, de la manera más sutil y efectiva. La bibliografía sobre el tema es más que considerable y no hace más que crecer año tras año. Rara es la pieza que no cuenta con uno o varios episodios en los que no se pueda bucear hasta sus orígenes clásicos, a través de autores y compilaciones del más variado pelaje. Es por eso por lo que me decido a indagar sobre los orígenes de uno de ellos contenido en una de sus principales obras, *El mejor alcalde, el rey*. El momento en que aparece es, sin duda, el más tenso del drama. Elvira, prometida del labrador Sancho, ha sido raptada la víspera de su boda. El novio llega a casa de su señor, don Tello, pues sospecha que él es el instigador. Es entonces, ante la fingida sorpresa del caballero, cuando el villano refiere los pensamientos que ha tenido entre unos álamos y cuando lanza una velada amenaza, pues al referir su desgracia dice lo que sigue:

Llevaba yo, ¡cuán lejos de valiente!,
con rota vaina una mohosa espada;
llegué al árbol más alto, y a reverses
y tajos igualé sus blancas mieses.¹

Don Tello comprende bien el aviso de su súbdito. Si no devuelve a Elvira, Sancho lo abatirá como a uno de los grandes álamos junto a los que estaba, sin tener en cuenta lo importante y noble que es. Porque, como el árbol consagrado a Hércules, «fue tan alto y arrogante,/ que a los demás como a pequeños mira:/ tal es la fuerza de un feroz gigante» (vv. 1064-1066).

1. Lope DE VEGA, *El mejor alcalde, el rey*, ed. Núria ROIG y Bienvenido MORROS, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, vv. 1059-1062. Repárese, al hilo de la cuestión, en que podríamos darle aquí a *valiente* el significado, habitual en la época, de 'bravucón, fanfarrón'; Sancho no amenazará sólo con sus palabras, sino también con los hechos al protestar ante el rey y provocar la muerte de don Tello.

Por un lado, la imagen del poderoso comparado con un árbol elevado que desprecia a los que tiene alrededor tiene unos conocidos ecos bíblicos: los profetas la utilizaron repetidas veces para aludir a la altivez de los soberbios, y frecuentemente mencionaban la tala o la pérdida del follaje para aludir al castigo que recibirían. Son muy numerosos los ejemplos, referidos sobre todo a los cedros del Líbano.² Pero la velada amenaza de cortar las ramas del árbol que se eleva sobre los otros como forma persuasiva para imponer justicia nos sigue llamando la atención poderosamente y hace que la escena sea particularmente interesante.

Sin embargo, la originalidad de la fórmula que emplea aquí Lope de Vega para que el villano se atreva a advertir de un posible castigo al poderoso no implica que en las páginas que siguen no podamos buscarle una dilatada tradición a este motivo. Y no nos sorprenderá que podamos iniciar ese rastreo en la literatura griega. Heródoto explicaba ya en el siglo V a.C. cómo Periandro, tirano de Corinto, envió un emisario a Trasíbulo, tirano de Mileto, para preguntarle cuál era la mejor manera de gobernar. He aquí su exposición de los hechos:

ὁ τοίνυν Μερíανδρος κατὰ ἑρχὰς μὲν ἦν ἰκπιώτερος τοῦ πατρός, ἔπειτα δὲ ὅ μίλησε δὲ ἑγγέλων Θρασυβούλου τῶν Μιλή του τυράννου, πολλὰ ἔτι ἐγένετο Κυψέλου μαιφονάπερος. πέμψας γὰρ παρὰ Θρασύβουλον κήρυκα ἐπυθάνετο ὅτινα ἔν τῷ τρόπον ἐσφαλέστατον καταστησάμενος τῶν πρηνιμάτων κάλλιστα τὴν πόλιν ἐπιτροπεύει. Θρασύβουλος δὲ τὸν ἐλθόντα παρὰ τοῦ Ηερτάνδρου ἐξήγε ἐξω τοῦ ἑστεος, ἐσβὰς δὲ ἐς ἑρουραν ἐσπαρμένην ἄμα τε διεξήτε τὸ λήιον ἐπειρωτῶν τε καὶ ἐναποδίξον τὸν κήρυκα κατὰ τὴν ἐπὶ Κορίνθου ἑπιξιν, καὶ ἐκόλουε ἀφεί ἑκως τινὰ ἑδοὶ τῶν ἐσταχύων ἑπερέχοντα, κολούων δὲ ἑρριπτε, ἐς ὅ τὸ ληίου τὸ κάλλιοτόν τε καὶ βαθύτατον διέφθειρε τῷ τῷ τοιοῦτῳ δὲ τὸ χωρίον καὶ ἑποθέμενος ἑπὸς οἑ δὲν ἐποπέμπει τὸν κήρυκα. νοστήσαντος δὲ τοῦ κήρυκος ἐς τὴν Κόρινθον ἦν πρόθυμος πυθάνεσθαι τὴν ἑποθήκην ἑ Ηερτάνδρος ὅ δὲ οἑ δὲν οἑ ἑφη Θρασύβουλον ἑποθέσθαι, θωμάζειν τε αἑ τοῦ παρὰ οἑ μιν ἑνδρα ἐποπέμψει, ὅς παραπληγὰ τε καὶ τῶν ἐωντοῦ σινάμωρον, ἐπηγόμενος τὰ περ πρὸς Θρασυβούλου ἑπάπει. Ηερτάνδρος δὲ συνιῆς τὸ ποιηθὲν καὶ νόσῳ ἑσχων ὅς οἑ ἑπετίθετο Θρασύβουλος τοὺς ἑπειρόχους τῶν ἐστῶν φονεύειν, ἐνθαῦτα δὲ πῶσαν κακότητα ἐξίφαινε ἐς τοὺς πολίτας.

La anécdota pronto se haría famosa. Prueba de ello es que fuera recordada por Aristóteles, quien convertía a Trasíbulo de consejero en aconsejado y veía en la acción de cortar unas cuantas cabezas un método excelente para limitar la ambición de los ciudadanos más importantes.⁴ También fue difundida por Diógenes Laercio,

2. Isaías 1, 29-31 y 2, 12-13; Ezequiel 32, 3-12; Zacarías 11, 2, etc.

3. HERÓDOTO, *Historia* (V, 92), ed. A. D. GODLEY, III, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts)-Londres, 1932, pp. 110-111.

4. *Política* (II, viii, 3-4; 1284a), ed. H. RACKHAM, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1932, pp. 242-243. Véase también V, viii, 7 (1311a), *ibid.*, pp. 442-443. Sobre el motivo, véase la nota de Emilio BLANCO en su edición de fray Antonio de GUEVARA, *Relax de principes*, ABL-Confres, Madrid, 1994, pp. 36.

quien, además, aducía una supuesta carta de Trasíbulo a Periandro donde explicaba detalladamente por qué no había contestado al mensajero y el significado de cortar las espigas.⁵

Sin embargo, por los mismos años en que se transmitía el hipotético consejo, Tarquino el Soberbio tenía un 'diálogo' similar con su hijo Sexto. Quien nos lo dice esta vez es Tito Livio:

Postquam satis virium conlectum ad omnes conatus videbat, tum ex suis unum sciscitatum Romam ad patrem mittit quidnam se facere vellet, quandoquidem ut omnia unus publice Gabius posset ei di dedissent. Huic nuntio quia, credo, dubiae fidei videbatur, nihil voce responsum est; rex velut deliberabundus in hortum aedium transit sequente nuntio filii; ibi inambulans tacitus summa papaverum capita dicitur baculo decussisse. Interrogando exspectandoque responsum nuntius fessus, ut re imperfecta, redit Gabios; quae dixerit ipse quaeque viderit refert: seu ira, seu odio, seu superbia insita ingenio nullam eum vocem emisisse. Sexto ubi quid vellet parens quidve praeciperet tacitis ambagibus patuit, primoris civitatis criminando alios apud populum, alios sua ipsos invidia opportunos interemit. Multi palam, quidam, in quibus iinus speciosa criminatio erat futura, clam interfecti. Patuit quibusdam volentibus fuga, aut in exsilium acti sunt, absentiumque bona iuxta atque interemptorum divisui fuere. Largitiones inde praedaeque; et dulcedine privati commodi sensus malorum publicorum adimi, donec orba consilio auxilioque Gabina res regi Romano sine ulla dimicatione in manum traditur.⁶

Es casi indiscutible que la anécdota de Tarquino y Sexto fue más famosa que la de Trasíbulo y Periandro, pues fue recogida por el más importante de los coleccionistas de anécdotas de la antigüedad, Valerio Máximo (*De dictis factisque memorabilibus*, VII, iv, 2).⁷ Sin embargo, desde los tiempos de Dionisio de Halicarnaso los historiadores pusieron ambas historias en relación.⁸

Pero el motivo no se quedó en las letras clásicas, sino que llegó hasta las castellanas por medio de Valerio Máximo u otros compiladores. Mediado el siglo xv Lope García de Salazar recogía una anécdota del siglo XII en la que Sancho VI el Sabio o su hijo, Sancho VII el Fuerte, reyes de Navarra, adoctrinaban a unos súbditos vascongados quejosos de los desmanes de su señor feudal de manera parecida a como lo hacían los tiranos griegos y los reyes romanos:

5. *Vida de los grandes filósofos* (I, 94-100), ed. R. D. HICKS, I, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts)-Londres, 1925, pp. 104-105. Tanta fue la fama de sabio de Periandro (confundido a veces con otro tirano del mismo nombre) que pasó a formar parte del selecto grupo de 'los siete sabios de Grecia', de dilatada tradición (véanse Pedro MEXÍA, *Silva de varia lección*, ed. Antonio CASTRO, II, Cátedra, Madrid, 1990, pp. 407-410, y *Dichos de los siete sabios de Grecia*, ed. Álvaro GÁLMÉS DE FUENTES, Gredos, Madrid, 1991, pp. 47-54).

6. TITO LIVIO, *Décadas* (I, liv, 5-10) ed. B.O. FOSTER, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts)-Londres, 1919, pp. 188-189.

7. Como recordaban Núria ROIG y Bienvenido MORROS en su edición (p. 159, n. 20).

8. *Antigüedades romanas* (IV, liv, 1-3), ed. E. SPELMAN y E. CARY, II, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts)-Londres, 1939, pp. 1448-1449.

En el tiempo que la villa de Vitoria era del reino de Navarra avía un linaje de cavalleros en una aldea çerca d'ella, que llamavan e llaman agora Sant Martín de Avendaño, que eran poderosos en la comarca e fazían continuamente enojos a los pobladores de Vitoria, de lo qual todo el dicho conçejo se enviaron querellar al Rey de Navarra, su señor. E falláronlo en una huerta mirando con algunos cavalleros que estavan con él; commo le dieron la querella, tomó él una espada al mensajero d'ellos e cortó con ella unas diez cabeças de verzas. E díxoles: —Vos los de Vitoria, sodes para poco, que a los que así vos fatigan debríadesles fazer commo yo fize a estas verças.⁹

Y también hacia la misma época en que el rey de Navarra aconsejaba este tipo de justicia, el abad del monasterio de San Ponce de Tomeras enseñaba lo mismo nada menos que a Ramiro II el Monje, que le envió un mensajero en demanda de la forma en que podía apaciguar su reino y someter a los nobles levantiscos. Así aparece en la *Crónica de San Juan de la Peña*:

Pro inueniendo itaque remedio super eis, misis unum nuntium cum litteris cuiusdam qui fuerat magister suus in monasterio de Tomeras. Est enim apud monachos nigros consuetudo et regula que cuilibet nouitio ingrediendi ordinem assignatur pro magistro unus monachos de antiquis, et secundum decentiam status istius Remiri fuit sibi assignatus unus magister magne scientie et probitatis, cui, in predictis litteris ipse notificabat sibi statum sui regni et uitam despectam quam ducebat inter maiores sui regni, ipsum deprecans ut sibi consuleret quitnam faceret super istis.

Magister igitur qui cum ingenti gaudio receperat litteras, animaduertens quod absque irregularitatis incurso sibi non poterat consulere quod iustitiam faceret super eis, duxit secum dictum nuntium ad quendam ortum ubi erant multe caules et, euageniato uno gladiolo quem portabat, legendo dictam litteram quam tenebat in mano, scidit omnes caules maioris dicti orti, et solum remansere minores. Et dixit nuntio: «Vade ad dominum meum regem et narra sibi quitquid uidisti, quia responsum alium non do tibi».

Nuntius itaque tristis, quod responsum ei non fecerat, rediit ad regem cui narrauit predictum magistrum suum nullu uoluisse sibi fecisse responsum, de quo etiam rex efectus est ualde tristis. Uerumptamen postquam nuntius explicauit regi ea quae uiderat et eorum modum uisa ab illi, rex intra se interpretatus est sic: quod ortus poterat esse regnum suum, caules uero gentes sui regni, quodque ad parandum bonos caules, carnes erant necessarie.¹⁰

Se trata del inicio de la leyenda de la Campana de Huesca, que al llegar a manos del gran Jerónimo Zurita toma ya su forma plena, con sus fuentes clásicas incluidas:

9. Lope GARCÍA DE SALAZAR, *Historia de las bienandanzas e fortunas*, ed. Ana María MARÍN SÁNCHEZ, Universidad de Zaragoza, 1993, p. 1244. «El Rey de Navarra» solo puede ser Sancho VI o —menos presumiblemente— Sancho VII, pues Vitoria se menciona como villa (había sido la aldea de Gasteitz hasta el año 1181) en poder de este señor, cuando fue perdida definitivamente, tras sucesivos cambios de mano, por Sancho VII en el año 1200 (véase Bernardo ESTORNES LASA, *Historia general de Euzkalerria*, [III], 824-1243. *Época pamplonesa*, Auñamendi, San Sebastián, 1984, pp. 489 y 527).

10. *Crónica de San Juan de la Peña*, ed. Antonio UBIETO ARTETA, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y La Rioja, Valencia, 1961, pp. 87-88.

Escribire el autor más antiguo que tenemos de las cosas de Aragón que, no hallando en quien fiasse y le dicsse consejo cómo pudiesse traer el gobierno de su reyno pacífico y sossegassen las alteraciones y discordias que en él avía, embió un mensajero suyo secretamente al abbad del monesterio de San Ponce de Tomeras, de cuya prudencia tenía gran confianza, encargándole le dicsse consejo de lo que devía seguir. Refieren aver usado de aquella semajança y exemplo que dio Thrasíbulo Milersio a Periandro, tyrano de Coryntho, del qual después usó también Tarquino, último rey de Roma, con el mensajero de Sexto Tarquino, su hijo, para que se hiziesse principal y señor de la ciudad de los gabios, según en las historias romanas se lee, por no dar respuesta y consejo por escrito en negocio de aquella calidad tan peligroso. Esto fue que entró el monje en un huerto y, en presencia del mensajero, anduvo cercenando y sacudiendo las cabeças y pimpollos más altos que en el jardín avía, y fue derribando primero los más lozanos y crecidos. Y con esto embió al mensajero, sin le dar otra respuesta. El qual, relatando al rey lo que avía visto, entendió lo que por aquel ademán se significara y dava a entender.¹¹

Posiblemente fuera así como llegó el motivo a Lope de Vega, pues se había hecho eco de este pasaje de la leyenda en *La campana de Aragón*, de hacia 1596-1603 (y, probablemente, de 1598-1600), mientras *El mejor alcalde, el rey*, es de hacia 1620-1623.¹² Hasta cierto punto, cabe desecher los ejemplos del mundo clásico pues, aunque resulta claro que nos encontramos ante un motivo de transmisión eminentemente culta y que el dramaturgo pudo haberlos conocido de diferentes maneras, consisten en medidas de fuerza de gobernantes despóticos sobre los gobernados (a pesar de que tanto Aristóteles como Diógenes Laercio vieran esas acciones con buenos ojos); no así en los textos españoles, en los que la anécdota aparece como la forma que usa un rey de reconocida sabiduría y virtud para impartir justicia contra los nobles despiadados, como es el propio don Tello en la comedia. Además, repárese en que los textos medievales coinciden con ésta en otro detalle: Lope creó la acción de *El mejor alcalde, el rey* a partir de un acontecimiento sucedido en tiempos de Alfonso VII el Emperador, contemporáneo de los reyes Sancho VI y Ramiro II.

Por las características del texto, conservado íntegro sólo en un manuscrito, también se podría descartar la leyenda recogida por Lope García de Salazar.¹³ Además, el consejo del rey navarro es más una apología de la rebelión contra los

11. Jerónimo ZURITA, *Los cinco libros primeros de la Primera Parte de los Anales de la Corona de Aragón*, Simón de Portonariis, Zaragoza, 1585, fol. 56r-v. Sin duda, fue el pasaje más sobresaliente de esa historia de origen supuestamente épico, incluso si su difusión se hubiera limitado a los círculos cultos, pues contó con un eco en el romancero: véase Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *Silva de romances (Zaragoza, 1550-1551)*, Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1970, p. 298.

12. Véase S. GRISWOLD MORLEY y Courtney BRUERTON, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Gredos, Madrid, 1968, especialmente pp. 239 y 359. Sobre esta leyenda en el teatro de Lope de Vega, véase Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, ed. Adolfo BONILLA Y SAN MARTÍN, IV, Victoriano Suárez, Madrid, 1923, pp. 50-78.

13. El *Libro de Bienandanzas y Fortunas* se nos ha transmitido, fundamentalmente, por el manuscrito 9-10-2/2100 de la Real Academia de la Historia y el 1634 de la Biblioteca Nacional de Madrid, amén de algunos extractos contenidos en el manuscrito 1658 de la Biblioteca Nacional de Madrid, lo que es indicio de una pobre difusión desde que fue escrito. Sin embargo, fue

señores feudales que el consejo de un soberano consciente de sus deberes para con sus nobles y los súbditos de éstos (recuérdese, a tal efecto, lo bien hilado que está el problema en *Fuente Ovejuna*). Por eso, nos quedamos con la anécdota del rey de Aragón como el motivo principal que pudo haber influido sobre el drama. No olvidemos que al final de la obra será el rey quien haga que le corten la cabeza a don Tello, convirtiendo la amenaza del villano en justicia real. Con su acción no sólo se castiga el rapto y la violación de Elvira, sino que además se está castigando a un vasallo rebelde contra su monarca. Recuérdese, a tal efecto, que en el pasaje de la *Crónica* de Florián de Ocampo que sirve de inspiración a *El mejor alcalde, el rey*, el ajusticiamiento del infanzón le sirve como ejemplo para atemorizar a los otros nobles y, así, apaciguar toda Galicia.¹⁴

Sin embargo, la determinación de una fuente no agota el tema. La anécdota de los tallos cortados como aviso para los poderosos, atribuida a unos y a otros en el correr de la historia literaria desde el siglo v a.C., llega a Lope de Vega para ser algo nuevo, inclasificable. Como hemos dicho, en sus manos se convierte en un anticipo del desenlace de la comedia. El mero cuentecillo se convierte, así, en uno de los guiños que convierten su obra en un campo permanentemente abierto para la investigación.

utilizado por algunos historiadores: recuérdese que Gonzalo ARGOTE DE MOLINA lo menciona entre las fuentes manuscritas de su *Nobleza del Andalucía* (Fernando Díaz, Sevilla, 1588, p. [5] de preliminares) y que algunos eruditos del siglo XVIII perpetuaron la vida textual de la obra con nuevas copias (manuscritos 7 y 131 de la Biblioteca Universitaria de Valladolid).

14. «Entonces el Emperador andado descobiertamente por toda Galizia & apaziguó toda la tierra, & tan grande fue el espanto que todos los de la tierra ovieron por este fecho que ninguno non fue osado en toda su tierra de fazer tuerto uno a otro» Florián DE OCAMPO, *Las cuatro partes enteras de la Crónica de España que mandó componer el Serenissimo rey don Alonso llamado el Sabio*, Agustín de Paz y Juan Picardo, Zamora, 1541, fol. cclxxv, v^o). Para la importacia de esta idea dentro de la comedia, véase la introducción de Núria ROIG y Bienvenido MORROS, pp. 29-31. Tan importante fue este gesto que Diego de VALERA, a fines del siglo XV, recordaba en su *Doctrinal de príncipes* el ejemplo justiciero que, «don Alfonso, emperador d'España», impartió sobre «un infanzón que se llamava don Fernando que tomó cierta heredad a un labrador por fuerça» (*Prosistas castellanos del siglo XV*, I, ed. Mario PENNA, Atlas, Madrid, 1959, p. 176).